



“Frédérick Waldeck”

p. 487-514

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo IV. Biografías

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2009

700 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-48-7 (tomo IV, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-49-4 (tomo IV, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/543.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XXI. FRÉDÉRICK WALDECK*

La puerta, que había impedido la entrada a extranjeros interesados en conocer México o en participar en la explotación de sus recursos, se abrió al fin consumada la independencia del país. Pocos habían sido los que antes pudieron asomarse a él. Hubo uno, sin embargo, que, con aquiescencia de la Corona, llegó a México en 1803, y con percepción extraordinaria captó mucho de las maravillas de la naturaleza y cultura que en él florecían. Alejandro de Humboldt no sólo conoció sino también dio a conocer en Europa la importancia de los monumentos arqueológicos de México y proporcionó amplia y profunda información sobre la naturaleza, la extensión, la historia, la población, la agricultura, la minería, las manufacturas, el comercio, las rentas e incluso las defensas militares del país. Esto y más abarcó en sus *Vistas de la cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, que publicó en París, en 1810, y sobre todo en su célebre *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, aparecido en la misma ciudad en 1822.

Importantes consecuencias tuvieron ambas obras, publicada la primera el año en que se inició la guerra de independencia en México y la segunda tan sólo uno después de su consumación. Fueron ellas revelación de lo que por mucho tiempo, con espeso telón, la Corona mantuvo oculto a la codicia extranjera. Paradójico resultó que Humboldt, a quien se recibió en la entonces Nueva España con simpatía y halagos, se convirtiera, en virtud de sus obras, en promotor formidable, sobre todo entre franceses, ingleses, italianos y alemanes, del interés y conveniencia muy grandes que podía tener “económica y culturalmente” establecer estrecho contacto con la nación recién emancipada.

Muy pronto comenzaron a llegar a México numerosos extranjeros: agentes diplomáticos, algunos aún no acreditados, inversionistas sobre todo atraídos por los recursos mineros del país, banqueros dispuestos a otorgar préstamos, intelectuales, pintores y otros artistas, así como otros deseosos de aventura y fáciles ganancias. De no pocos de ellos se

* Prólogo al libro de Frédéric de Waldeck, *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán*, México, Grupo Condumex, 1997, p. 11-31.

conservan escritos, relaciones, diarios y aun libros acerca de cuanto vieron y experimentaron.¹

*Algunos “descubridores” del México recién emancipado
entre los que vino Waldeck*

Entre los ingleses cabe recordar a Robert Phillips, William Bullock, padre e hijo, Georges Francis Lyon, el conocido como “Coronel” Bourne y Henry George Ward, todos interesados en primera instancia en el establecimiento en México de compañías mineras. De ellos, algunos desarrollaron luego aquí otros intereses. Los Bullock, atraídos por la arqueología, formaron una colección de objetos que más tarde exhibieron en Londres. Publicaron, además, en 1824, en esa misma ciudad su obra intitulada *Six months of residence and travels in México*, con texto de William, el padre, e ilustraciones de su hijo.

De los otros, cuyos nombres se han citado, hay que decir que también dejaron escritos en los que hablan no sólo de sus intereses mineros sino también acerca de mucho de lo que aquí llamó su atención. Haciendo particular referencia a Henry George Ward, importa recordar que, llegado a fines de 1823, traía además instrucciones de investigar las posibilidades de lograr un tratado de amistad y comercio entre Gran Bretaña y México. En un segundo viaje fungió ya como primer representante de su país. Fruto literario de su estancia fue el libro *Six Views of the Most Important Towns and Mining Districts Upon the Tableland of México*, publicado en Londres, en 1829. En él, además de lo concerniente a las minas, dedica espacio a describir la naturaleza, los habitantes y las costumbres de la tierra.

En paralelo y competencia con los ingleses, se dejó sentir la presencia de personas de otros orígenes. Sobresalen dos artistas italianos. Uno fue el célebre dibujante y grabador Claudio Linati, quien vino en 1825 para instalar el primer taller litográfico en México e impartir cursos

¹ Existe una copiosa bibliografía de obras escritas por viajeros en México o acerca de ellos, sobre todo de los llegados a partir de la consumación de la independencia del país. José F. Iturriaga de la Fuente registra más de 1900 referencias en *Anekdótico de viajeros extranjeros en México: siglos XVI-XX*, 4 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1988-1992. Un ejemplo de una obra dedicada a algunos centenares de extranjeros de una determinada nacionalidad, en este caso alemanes, la ofrece Wilhelm Pfederkamp, *Auf Humboldts Spuren. Deutsche in jungen Mexiko* (Sobre las huellas de Humboldt. Alemanes en el joven México), Munich, Marx Hueber Verlag, 1958.

acerca de su especialidad. Fruto magnífico de su empeño fue un libro en que pinta con varios colores las costumbres y ocupaciones de los habitantes del país. El título del mismo no expresa ciertamente todo lo que incluye: *Trajes civiles, militares y religiosos de México*, publicado originalmente en francés, en Bruselas, en 1828.

Diez años más tarde, atraído por la obra de Linati, entró en escena Pedro Gualdi, primero como escenógrafo de una compañía italiana de ópera, y luego, también, como dibujante y litógrafo. A él se debió en 1841 la excelente obra *Monumentos de México, tomados del natural y litografiados*, impresa en México, en 1841

Cautivados por las antiguas culturas indígenas que habían florecido aquí, llegaron asimismo varios franceses. Joseph Marius Alexis Aubin se estableció en la capital apenas consumada la independencia. Fundó en ella un liceo y se dedicó luego a reunir una importante colección de códices y otros manuscritos en lenguas nativas. En 1840 logró trasladarlos subrepticamente a Francia, donde se conservan en la Biblioteca Nacional de París. En su liceo estudió otro francés, Rémi Siméon, que más tarde preparó un importante diccionario náhuatl-francés y otras obras sobre el pasado prehispánico de México. Digno de mención es asimismo Henri Baradére, quien viajó a México en 1828 con una “misión arqueológica”, autorizada por el gobierno de este país. Como condición se le impuso que, de los objetos hallados, podría llevar a Francia una mitad y dejar la otra en México. Condición que suena grotesca puesto que no pudo existir un criterio para establecer tales “mitades”. A la postre se canceló lo tocante a la mitad que podría llevar, entre gándosele, en cambio, un juego completo de los dibujos de Luciano Castañeda, el dibujante de las expediciones arqueológicas del capitán al servicio de España Guillermo Dupaix, realizadas entre 1805 y 1808. Años después, Baradére publicaría, en efecto, tales dibujos y texto.

Hubo también un litógrafo y editor francés que dejó importante huella en México, Jean Decaen. Llegado en 1837, asociado unas veces con otros franceses, como Frédéric Mialhe y Augustin Debray, y labrando otras en forma independiente, dispuso litografías que dieron a conocer al mundo muchas de las obras de arte, edificios y monumentos de México.

De Alemania, Austria y otros lugares de lengua alemana procedió otro grupo muy importante de “descubridores” de lo que era el México ya independiente. Entre ellos estuvo, como lo veremos, Johann Frédéric Waldeck. Atraídos muchas veces por las potencialidades mineras del país, como ocurrió con extranjeros de otras procedencias, al fin casi todos quedaron fascinados por los restos de las antiguas culturas indí-

genas, la feraz naturaleza, la variedad de los tipos humanos, las ciudades y los monumentos.

Karl Christian Sartorius vino a México en 1825. Tras dejar a un lado el incentivo minero, se dedicó al cultivo de la caña de azúcar. De regreso a Alemania, publicó dos libros: *Mexiko als Ziel für deutsche Auswanderung*, Darmstadt, 1850 (México como meta de la emigración alemana) y *Mexico: Landscapes and Popular Sketches*, editado en Nueva York en 1858. Este último incluyó dieciocho grabados de Johann Moritz Rugendas, quien vivió también en México de 1831 a 1834. A este notable artista se deben además numerosos apuntes y no pocos óleos con paisajes, escenas costumbristas y retratos de mexicanos.

Comerciante, coleccionista y también artista fue Lukas Vischer, que estuvo en México de 1828 a 1837. De él se conservan numerosos dibujos y pinturas que representan tipos populares, plantas y escenas de la vida cotidiana. Como coleccionista, reunió un considerable conjunto de piezas arqueológicas que llevó a Alemania y pasaron más tarde al Museo de Basilea.

La lista de alemanes que llegaron a México entre los años veinte y treinta del siglo pasado es bastante grande. Bastará con citar los nombres de Karl Uhde, empresario y coleccionista también de objetos arqueológicos, así como autor de *Die Länder am unteren Río Bravo del Norte*, Heidelberg, 1861 (Las tierras al sur del Río Bravo del Norte), Herman Strebel, comerciante, que realizó por su cuenta excavaciones arqueológicas en la región totonaca y reunió gran número de objetos hoy conservados en Hamburgo; Carl C. Becher, otro hombre de negocios que pisó México en 1832 y se sintió muy atraído por lo que aquí encontró. De ello dejó testimonio en varias cartas reunidas en un libro: *Mexiko in den ereignitzvollen Jahren 1832 und 1833*, Hamburgo, 1834 (México en los años, llenos de aconteceres, de 1832 y 1833).

Lugar especial ocupa en la lista Carl Nebel, quien permaneció cinco años en México, a partir de 1830. Pintor distinguido, mereció varios elogios de Humboldt. De regreso a Europa publicó en París una obra con cincuenta dibujos sobre monumentos indígenas y objetos arqueológicos, ciudades, paisajes, tipos étnicos y escenas de la vida diaria. *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus intéressante du Mexique*, París, 1836. Más tarde sacó a luz otra obra sobre la guerra de México con los Estados Unidos con ilustraciones suyas.

Como puede verse por este elenco, en modo alguno exhaustivo, la apertura de México al consumir su independencia trajo consigo la entrada en él de numerosos visitantes, incluyendo no pocos de los Estados Unidos. Si bien muchos traían propósitos de obtener ganancias eco-

nómicas, también los hubo atraídos desde un principio por su naturaleza, gente, arte y monumentos arqueológicos. De este modo, la apertura del país recién independizado, al propiciar la venida de personas como las mencionadas, que a su vez lo dieron a conocer más, provocó una especie de reacción en cadena. Al llegar las obras que se publicaron “libros, litografías, pinturas” ante los ojos de muchos en distintos lugares de Europa y también de los Estados Unidos, se acrecentó en alto grado el interés por viajar a México.

*El multifacético Frédérick Waldeck y el trabajo detectivesco
de Howard F Cline*

Johann Frédérick Maximilianus Waldeck no fue uno de aquellos en quienes las obras de los mencionados europeos despertaron el deseo de conocer México, bien sea por razón de negocios o de incentivos culturales. En realidad, fue él uno de los primeros en llegar a este país una vez que su puerta se abrió a los extranjeros.

Nacido en Praga, de origen alemán, más tarde nacionalizado francés y con varios períodos de residencia en Inglaterra, Waldeck daba como fecha de su venida al mundo el 26 de mayo de 1766. Sin embargo, el acta de nacimiento que, siendo ya anciano, tuvo que presentar ante el Ministerio de Bellas Artes de Francia para cobrar la pensión que le había concedido Napoleón III, registraba que en realidad tenía dos años menos. Esto, que podría considerarse como un mero descuido o vanidad en un octogenario que se preciaba de gran longevidad, aunque no lo parezca a primera vista, es revelador del carácter de Waldeck. Si muy larga y henchida de incontables aventuras fue ciertamente su vida, él, como por innata tendencia, la adornó aún más atribuyéndose haber participado en numerosos acontecimientos en los que su persona siempre había salido airosa y con acrecentado prestigio.

Podría alguien preguntar en este punto si es pertinente dar comienzo así al recuerdo biográfico de un artista como Waldeck, célebre por sus dibujos y pinturas de los monumentos arqueológicos de Palenque y otros lugares de México. Proceder así, ¿no equivale a querer disminuir, de entrada, el aprecio por su persona?

Muy lejos de tal actitud, mi intención es mostrar, hasta donde me resulte posible, quién fue Johann Frédérick Maximilianus Waldeck o, según gustó de autonombrarse en francés le Comte Frédéric de Waldeck. Como veremos, él entretejió su existencia viviéndola intensamente y dándole sentido tanto con sus obras como con sus fantasías.



Debemos al historiador Howard F. Cline una pesquisa detectivesca en la documentación que se conserva de Waldeck, sus escritos y testimonios acerca de él. El resultado, circunscrito voluntariamente a una parte de la vida del longevo caballero (“recordemos que no murió sino hasta el 22 de mayo de 1875, o sea, más que centenario”) es bastante elocuente. El artículo titulado por Cline “The Apocryphal Early Career of J. F. de Waldeck”² pone al descubierto que mucho de lo que expresó éste acerca de sí mismo fue mera invención.

Tanto en sus escritos, “diarios, cartas, artículos, proyectos de libros y el que de hecho escribió”, así como en algunas conferencias que impartió y en conversaciones suyas, que luego registraron sus interlocutores, Waldeck habla frecuentemente de sí mismo. Comencemos por lo que dejó dicho sobre sus años de juventud.

Jamás mencionó los nombres de sus padres o hermanos, si es que los tuvo. Abundan, en cambio los relatos acerca de los viajes que afirmaba había hecho. Su innato deseo de conocer mundo lo había llevado, según él, a los 19 años de edad, en 1785, a embarcarse con el naturalista François Le Vaillant con destino al Cabo de Buena Esperanza para recorrer luego otros lugares del sur de África. El ya mencionado Cline muestra que el año aducido por Waldeck, Le Vaillant no salió de viaje, sino que regresaba de uno que antes había emprendido.

Se preciaba Waldeck, “e incluso lo inscribió en el catálogo de una exposición suya”, que había sido discípulo de David y Prud’hon. Otras veces decía que también Joseph-Marie Vien había sido su maestro. Las pesquisas de Cline revelan que el nombre de Waldeck no aparece en las listas de quienes estudiaron pintura con ellos. Tampoco hay mención alguna de él en los registros de visitantes de la infortunada María Antonieta, presa en la Conciergerie, a la que Waldeck supuestamente había visitado en tal circunstancia.

Otras aventuras incluían haberse alistado en el ejército de Napoleón Bonaparte y participado con él, primero en el sitio de Toulon y después en su expedición a Egipto. En ella, “como lo refirió, siendo ya de 100 años, a su amiga estadounidense Mary Smith”, había actuado como *savant* de la Comisión de Ciencias y Artes.³ Desenlace trágico habría tenido allí su participación. Tras la capitulación de Menou, había hui-

² Howard F. Cline, “The Apocryphal Early Career of J. F. de Waldeck, Pioneer Americanist”, *Acta Americana*, 1947, v. 5, p. 278-299.

³ Mary R. D. Smith, *Recollections of Two Distinguished Persons: La Marquise de Boissy and the Count de Waldeck*, Filadelfia, 1878, citado por Claude-Françoise Baudez, *Jean-Frédéric Waldeck, peintre, le premier explorateur des ruines mayas*, París, Ediciones Hazan, 1993, p. 185.

do hacia la costa occidental de África. Una vez más, Cline disuelve esta otra supuesta aventura cuya existencia sólo existió en la fantasía de Waldeck.

Los relatos de éste incluyen asimismo un viaje al lado del corsario Surcouf a lo largo del océano Indico. El “detective” Cline, que hurgó también en las listas de quienes zarparon con Surcouf, no pudo encontrar el nombre de Waldeck. Ni tampoco lo logró en documento alguno para comprobar si era cierto que el presunto aventurero había participado con el almirante Cochrane en su lucha por la independencia de Chile.

Una aseveración más de Waldeck, hecha nada menos que ante miembros de la Société Américaine de France y publicada luego en sus *Archives*, en 1874, no requirió en realidad refutación por parte de Cline. Con desenfado había dicho Waldeck que, separado ya del almirante Cochrane,

[...] partí para Lima y, siguiendo el río Marañón que se dirige al este en una infinidad de brazos, uno de los cuales, el Copán, me condujo a las ruinas de ese nombre.⁴

Ingenuidad sería tratar de contradecir a Waldeck en su afirmación acerca de que, ¡un brazo del río Marañón llegaba precisamente hasta Copán!

¿Cómo conjugó Waldeck su fantasía ribeteada de ingenuidad, de la que dio prueba al hablar del río Marañón, con su actuar de verdadero artista, el primero y único en el siglo XIX que dedicó cerca de un año a conocer Palenque, y también el primero que estuvo en Uxmal para dibujar sus monumentos y mostrar a los europeos su grandeza? Sólo la secuencia de su vida y sus trabajos nos darán una respuesta, quizás un tanto ambigua, como fue también su existencia.

Waldeck “descubre” Palenque en una librería de Londres

Con más de cincuenta años de edad, de los que a ciencia cierta sólo puede decirse que había estudiado dibujo y pintura “sin que se sepa con quién” y que había contraído un primer matrimonio del que tuvo

⁴ J. F. Waldeck, “Sur L’archéologie américaine”, *Annales de la Société Américaine de France*, segunda serie, 1874, Paris, v I, p. 143-146.

una hija y un hijo “no consta con quién”, puede también afirmarse que, de París, había pasado a vivir en Londres. Allí, en 1820, volvió a casarse, esta vez sí se conoce el nombre de su mujer, que fue Mary Larow. De ella tuvo un hijo, Fritz, al que se refiere con frecuencia y cariño en varias cartas y en el primero de los diarios suyos que se conservan.

En Londres, hallándose en la casa de un librero y editor de nombre Henry Berthoud, tuvo acceso a un manuscrito que despertó grandemente su interés. Era una copia del informe del capitán Antonio del Río, quien en 1786 había explorado Palenque, con dibujos de su acompañante Ricardo Almendáriz. El manuscrito estaba fechado el 24 de junio de 1787.⁵ Las figuras humanas que en él se representaban avivaron su imaginación hasta hacerle suponer que podía tratarse de personas llegadas a Palenque procedentes de Egipto o de algún lugar de Asia.

Dado el interés que, en opinión de Waldeck, tenían el manuscrito y los dibujos, convinieron él y el librero e impresor Berthoud en proceder a su publicación. Waldeck aceptó traducir al inglés lo escrito por Del Río, así como reproducir en litografía los dibujos de Almendáriz. Lo segundo fue la parte más difícil de su trabajo. En muchos casos no le resultaba claro qué era lo que se representaba en esos diseños de figuras humanas con atavíos y otros objetos extraños, así como con signos jeroglíficos para él desconocidos. Aunque Waldeck llegó a dudar de la fidelidad de lo representado por Almendáriz, dio fin a su tarea lo mejor que pudo.

En 1822, acompañado de un texto intitulado “Teatro crítico americano”, de un doctor de nombre Paul Félix Cabrera, apareció en Londres lo escrito por Del Río, en traducción inglesa de Waldeck, con las litografías realizadas también por él de los dibujos de Almendáriz.⁶ Con esa publicación se difundía por vez primera en Europa la existen-

⁵ Se conservan varias copias del informe del capitán Del Río, así como de los dibujos de Ricardo Almendáriz. El manuscrito que Waldeck tradujo y del que hizo las litografías lo había obtenido en Guatemala en forma poco escrupulosa el inglés Dr. M. Quy. Fue él quien lo llevó a Londres y de él casi seguramente lo adquirió Henry Berthoud. Actualmente se conserva en el Museo Británico, Ms. 17571. De la copia que se halla en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, en Madrid, Manuel Ballesteros Gaibrois publicó una reproducción facsimilar con un amplio estudio con el título de *Estampas de Palenque*, 2 v., Madrid, Testimonio Compañía Editorial, 1993.

⁶ La obra apareció como *Description of the Ruins of an Ancient City Discovered near Palenque in the Kingdom of Guatemala, in Spanish America. Translated from the Original Manuscript Report of Captain don Antonio del Río, followed by Teatro Crítico Americano* [...], del doctor Paul Félix Cabrera, Londres, publicado por Henry Berthoud, 1822.

cia de un sitio arqueológico de grandes proporciones y belleza, enclavado en la selva chiapaneca. Waldeck, que firmó las litografías, quedó desde entonces fuertemente atraído por conocer Palenque, explorarlo a fondo y dibujar *in situ* cuanto allí había.

Era consciente, sin embargo, de que su carencia de recursos económicos dificultaba en extremo la realización de su deseo. Interesado ya hondamente en temas arqueológicos, mientras se ganaba la vida pintando lo que se le solicitaba, tuvo la suerte de conocer a Lord Edward King Vizconde de Kingsborough, con el que desarrolló cierta amistad y del que más adelante había de obtener ayuda económica. El Lord, que se ocupaba en preparar sus célebres *Antiquities of Mexico*, le mostró la copia que tenía del manuscrito de Guillermo Dupaix, *Relación de tres expediciones, ordenadas en 1805, 1806 y 1807 para la localización de antigüedades del país, particularmente de Mitla y Palenque*, junto con una copia de los planos y dibujos de su acompañante, Luciano Castañeda. A partir de ésta Waldeck preparó las litografías de por lo menos una parte de dichos dibujos.⁷

Consta de hecho que, años después, hallándose Waldeck en México, tuvo en sus manos otra copia de dicho manuscrito y dibujos, que se conservaba en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, en la capital. A los dibujos de Castañeda y a los de Almendáriz “hechos en la expedición de Antonio del Río” calificaría, hallándose ya en Palenque, de muy deficientes y no apegados a los monumentos y figuras que pretendían representar. Más aún, Waldeck llegó a escribir a Kingsborough tratando de impedir que éste los incluyera en sus *Antiquities of Mexico*, cosa que no logró.

Decidido a viajar a México para explorar Palenque y otros sitios arqueológicos, el mejor camino que encontró fue obtener un contrato de “ingeniero” con la Compañía Inglesa de las minas de Tlalpujahua, en el actual estado de Michoacán. Gracias al diario escrito por él, du-

⁷ El texto de Dupaix y los dibujos de Castañeda los incluyó Kingsborough en sus *Antiquities of Mexico*, Londres, 1831, v. IV, p. 207-343 y VI, p. 421-486. En París apareció asimismo dicho texto vertido al francés con los correspondientes dibujos, de acuerdo con otra copia, la que poseía Henri Baradère, *Antiquités mexicaines. Relations de trois expéditions du capitaine Dupaix ordonnées en 1805, 1806 et 1807* Paris, 1834. Existen otras ediciones posteriores. Una, debida a José Alcina Franch sobre la base de otra copia conservada en la Universidad de Sevilla: Guillermo Dupaix, *Expediciones acerca de los monumentos antiguos de la Nueva España, 1805-1808*, 2 v., Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1969. La otra, que sólo incluye las ilustraciones, reproduciéndolas de la edición de París: *Atlas de las antigüedades mexicanas halladas en los tres viajes de la real expedición [...], emprendidos en 1805, 1806 y 1807*, prefacio de Miguel León-Portilla, introducción y notas de Roberto Villaseñor, México, San Ángel Ediciones, 1978.

rante los años de 1825-1826, podemos enterarnos con abundancia de detalles de lo que fue el viaje que, zarpando de Portsmouth el 14 de marzo de 1825, realizó con destino al puerto de Tampico.⁸

De "ingeniero" en la mina de Tlalpujahua y su estancia en la ciudad de México

Según lo registra en su diario con meticulosidad, Waldeck llevó consigo cuanto pensaba podía serle útil en su viaje a México. Importa señalar que, habiendo sido contratado como "ingeniero", obtuvo que la Compañía Inglesa cubriera sus gastos, que incluyeron la adquisición de varios objetos e instrumentos. Revelador de sus intereses es la lista de lo que embarcó: un teodolito, una silla de montar, dos camas de hierro, una guitarra, ropa en abundancia. Los libros que llevó consigo fueron. la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert, un diccionario filosófico, un tratado de miniaturas, unos grabados de *Las mil y una noches*, la *Géographie Universelle* de Malte-Brun, las obras de Voltaire en 14 tomos, un lexicón griego, una obra de Montesquieu, una *Historia Natural*, un tratado sobre los músculos, la *Odisea*, grabados de monumentos franceses, las obras de Plutarco y de Jenofonte, cien afiches de teatro, "de todo lo cual anotó el valor"⁹

De Portsmouth a Tampico el viaje llevó casi dos meses, hasta el 11 de mayo de 1825 en que desembarcaron en tierra mexicana.

El ya citado diario da cuenta de lo que con perspicacia observó cuando, junto a otros funcionarios de la Compañía Inglesa, marchó con rumbo a su destino: Tlalpujahua, donde estaban las minas para cuya explotación había sido contratado. Waldeck expresa su admiración por algunas construcciones, en especial iglesias. De aquello que más le sorprende hace bocetos, dibujos y algunas acuarelas. Varios de esos trabajos se conservan sobre todo en la Biblioteca Nacional, en París, y en la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry, de Chicago.

Notó también en su diario cosas que no le agradaron. Entre ellas, lo que le pareció ser descuido crónico y pereza de los indios, las desigualdades sociales visibles por todas partes, la frecuente presencia

⁸ Este diario de Waldeck, durante los años 1825-1826, se conserva en la Biblioteca del Instituto Tecnológico de Monterrey, en dicha ciudad. Justino Fernández publicó un resumen con comentario del mismo: "El diario de Waldeck", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, UNAM, 1954, n. 22, p. 15-32.

⁹ "El diario de Waldeck", en J. Fernández, *op. cit.*, p. 18-19.

de frailes y curas a los que detesta, asimismo, la inclinación de los mexicanos por las fiestas, que solían empezar muy temprano con grandes repiques y mucha cohetería y cortaban de súbito el descanso de quienes aún dormían. Instalado ya en Tlalpujahua, se queja Waldeck de lo incómodo del lugar que le fue asignado como habitación.

Su vida allí muy pronto le resultó insoportable. Tuvo problemas con otros funcionarios de la empresa, en particular con uno que fungía como director, un italiano de apellido Rivafinolli. Este lo reconvino por distraerse en asuntos que no guardaban relación con su trabajo. Además, lo reprendió por haber vendido algunos objetos que había traído y cuya adquisición y transporte había pagado la compañía minera. Waldeck escribe que ha diseñado modelos de máquinas de su propia invención, una para triturar los minerales, otra para amalgamar en frío, y una más para romper las rocas con facilidad y rapidez.

Esto, sin embargo, no parece ser tomado en cuenta por Rivafinolli y otros funcionarios. Waldeck se queja de todo ello en su diario y también de hallarse enfermo. No hay que perder de vista que tenía entonces cerca de 60 años. Un funcionario, de apellido Galli, le sugiere que abandone la Compañía Inglesa y se traslade a la ciudad de México, donde podrá abrirse mejor camino. Así, Waldeck viaja a México y, tras un rápido retorno a Tlalpujahua, establece su residencia en la capital, la que se prolongará hasta febrero de 1832.

Otro diario de Waldeck, conservado en el Museo Británico, registra lo más sobresaliente de su vida durante los cerca de cuatro años que pasó en la capital. Dado que nuestro principal interés es atender a lo que fueron luego sus viajes, exploraciones y labor de dibujante y pintor en Palenque y después en Uxmal, en Yucatán, recordaré tan sólo cuáles fueron sus principales actividades en la ciudad de México.

Amante del teatro y de la ópera, asistía a cuantas funciones le era posible en teatros como el Principal. Entabló amistad con empresarios de tales espectáculos, con actores, prestidigitadores y asimismo con pintores y un litógrafo de gran renombre, que a la sazón trabajaba en México: Claudio Linati. Waldeck organizó funciones de lo que él llama "fantamasgoría", que no era otra cosa sino representaciones valiéndose de marionetas. El mismo diseñaba las decoraciones. A la postre, sin embargo, no logró interesar a un público que hiciera costearable la empresa.

Nuestro personaje escribe acerca de los monumentos de la ciudad. Le interesan los hallazgos arqueológicos como los de la Coatlicue y la Piedra del Sol. Hace mofa del supuesto desarrollo científico en México, tan ponderado por Humboldt. Su principal fuente de ingresos la obtiene de sus dibujos y pinturas, varias de ellas, retratos por encargo. En-

terado de los trabajos de Linati trató de adelantársele dando a conocer a los europeos lo que era México.¹⁰ Entabla asimismo contacto con Isidro Icaza, conservador del Museo Nacional. Proyecta su participación con él para sacar a luz fascículos que se intitularon *Colección de antigüedades mexicanas que existen en el Museo Nacional*.¹¹ De hecho ejecutó para esto varias litografías. El proyecto fracasó tras la publicación de tres fascículos. También conoció por ese tiempo a Lukas Vischer y se enteró de que él y otros, como Carlos Nebel, querían asimismo dar a conocer las antigüedades mexicanas en Europa. Todo esto le inquietaba, pues pensaba que era él a quien correspondía la realización de dicho proyecto.

Cansado de tanta espera para realizar lo que más motivó su viaje a México: “conocer y dar a conocer Palenque”, logra entrevistarse con Lucas Alamán, entonces ministro del Interior. Éste acepta una doble propuesta de Waldeck. Por una parte, solicitaba autorización para viajar a Palenque y realizar su estudio; por otra, se proponía publicar por suscripción pública una obra, “con más de 200 láminas”, que él dispondría para dar a conocer lo más importante de ese lugar arqueológico. El ministro Alamán, además de asentir, asume la presidencia de la junta que patrocina la obra.¹² Waldeck se entusiasma y habla de organizar, con los resultados de sus futuros trabajos en Palenque, dos exposiciones, una en Londres y otra en París. Con la suscripción pública para la edición de la obra propuesta espera recibir diez mil pesos. De hecho, alcanzó a reunir cerca de cuatro mil. Los suscriptores, dado que la obra en cuestión no llegó a publicarse, “sino otra muy diferente”, quedarían a la postre sin su dinero y sin el deseado volumen “con más de 200 láminas”

Waldeck se traslada a Palenque

Provisto de un pasaporte especial que le concedió don Lucas Alamán, Waldeck marchó a mediados de febrero de 1832 a Veracruz. Allí se

¹⁰ Claudio Linati había publicado su libro *Costumes civils, militaires et religieux du Mexique*, en Bruselas, en 1828. En el incluyó una litografía, la número 29, que representa una “muchacha de Palenque”. En el texto correspondiente habla acerca de “las ruinas de ese lugar”

¹¹ Los fascículos de esta serie, que incluyeron las láminas dispuestas por Waldeck, aparecieron en México, en 1827, y constituyeron la primera publicación del Museo Nacional.

¹² La circular de don Lucas Alamán, en que informa acerca de esto, apareció publicada en el Registro Oficial de los Estados Unidos Mexicanos, el 14 de noviembre de 1831.

embarcó con rumbo al puerto de Frontera, en Tabasco, desde donde, tras breve estancia en San Juan Bautista, hoy Villahermosa, llegó al fin al pueblo de Santo Domingo de Palenque, ¡casi dos meses después de su salida de la capital!

El 13 de mayo, acompañado de quien iba a fungir como encargado de los trabajos de carácter geográfico y astronómico, Francisco Foudriat, y de otros dos franceses a los que pronto despidió, contempló al fin las ruinas de la antigua ciudad maya. En el diario que llevaba describió la impresión que le causó ver el estado de deterioro en que se hallaban los monumentos, las estelas, los estucos y en general cuanto veía. Su reacción fue violenta. De inmediato quiso dar cuenta al gobernador de Chiapas. En la carta, que ese mismo día le dirigió, acusó al alcalde del pueblo de Santo Domingo de Palenque de no haber actuado para impedir tal situación y de no haberle proporcionado ayuda alguna para su primera visita a la zona arqueológica.¹³

Siendo innegable que lo expresado por Waldeck revela su disgusto y aun su dolor por los daños irreparables que había sufrido Palenque, atribuidos por él sobre todo a saqueos, no puede soslayarse que él mismo llegase a incurrir en lo que condenaba. Así, en el diario que iba escribiendo registró que, para dibujar lo que quedaba del llamado “Bello relieve”, “he quitado en pedazos la cabeza izquierda del tigre” Consta además que trató de arrancar el pie izquierdo del personaje allí presentado.¹⁴ De otras actuaciones suyas, asimismo poco edificantes, dio cuenta: él mismo se atrevió a desprender un trozo de pintura del Palacio y ordenar que le trajeran varios bajorrelieves al pueblo de Palenque para dibujarlos más fácilmente y sacar copias en estuco, que pensaba vender en Europa.

Aunque no es cierto, “como lo acusaron las autoridades en más de una ocasión,” de que pretendía sustraer numerosos objetos arqueológicos, consta, pues él lo consignó, que llevó consigo “un idolito de jaspé”, así como una pieza de oro en forma de pequeña cabeza humana, que años más tarde fue a parar al Museo Británico.¹⁵

¹³ Una copia de dicha carta, escrita por el mismo Waldeck y conservada en la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry, Chicago, aparece reproducida por Carlos A. Echánove Trujillo en *Dos héroes de la arqueología maya: Frédéric de Waldeck, Theobert Maler*, Mérida, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1974, p. 24-25.

¹⁴ De otros hechos da cuenta el propio Waldeck en su “Journal et notes du voyage aux ruines de Palenque, années 1832, 1833”, Colección Ayer, Biblioteca Newberry, Chicago.

¹⁵ Cabe enterarse del paradero de esta figura de oro gracias al trabajo que presentó Thomas A. Joyce, “An Example of Cast Gold-Work Discovered at Palenque by De Waldeck, now at the British Museum”, *Proceedings of the First Session of the Twenty-First Congress of Americanists*, La Haya, 1924, p. 46-47



Los quehaceres de Waldeck en Palenque

Mucho más útiles que los franceses, que había contratado y de los que hubo de deshacerse, le resultaron los peones indígenas, a los que encargó abrir un sendero entre el pueblo y la zona arqueológica. Correspondió también a ellos limpiar de maleza, hasta donde les fue posible, la zona arqueológica.

Para realizar mejor su trabajo, decidió Waldeck establecerse en el sitio mismo de su interés. Hizo levantar así, cerca del Templo de la Cruz, tres pequeñas cabañas. En una dispuso su habitación, en otra, el lugar donde iba a vivir un matrimonio de indígenas a su servicio, y destinó la más chica a despensa y gallinero.

Recorriendo la zona arqueológica y observando cuidadosamente sus monumentos, pudo levantar Waldeck un plano de la parte central de la misma. Sobreponiéndose a las penurias de las que con frecuencia se queja en su diario y a las preocupaciones que le afligen por no tener noticias de su mujer ni acerca del hijo pequeño, Fritz, al que mucho quiere, dedica la mayor parte de su tiempo a estudiar los monumentos para poder dibujarlos de la mejor manera. A su juicio, fueron ellos creación de personas de elevada cultura. Entre otras cosas llegó a afirmar, de las figuras que aparecen en las lápidas de la entrada del Templo de la Cruz, que una representa al dios Visnú y la otra a Brahma. En su búsqueda de explicaciones que permitieran precisar el origen de quienes erigieron Palenque y las otras ciudades mayas que visitó, Waldeck hace referencia a la India, Egipto y a otros varios lugares del Viejo Mundo, en cuyas creaciones culturales creyó percibir semejanzas con lo que se le presentaba en Palenque.

El Templo del Sol, el de las Inscripciones, el llamado del León, el que recibió el nombre de Templo del Conde, pues se supuso que en él había vivido Waldeck, el Palacio y otros monumentos, lápidas, pilares, estelas y bajorrelieves fueron objeto de su atención, como lo muestran sus dibujos y acuarelas. Waldeck, así como relacionó el arte de Palenque con el de la India y Egipto, creyó descubrir en Palenque la presencia de elefantes. Incluso identificó un glifo en el que "vio" la cabeza de uno de ellos. También le atrajo la naturaleza palencana, su fauna y su flora, como lo muestran no pocos de sus dibujos, incluyendo algunas acuarelas, como una de gran fuerza en que se ven el Templo de la Cruz, sus propias cabañas y la montaña al fondo, todo cubierto o circundado por una exuberante vegetación.

Sus investigaciones abarcaron, además, los monumentos existentes en los alrededores de Ocosingo, en particular los de la urbe conoci-

da como Toniná. En ella pudo admirar las figuras de sus gobernantes y las de los vencidos hechos cautivos por ellos, al igual que las inscripciones que los acompañan.

Muchos episodios registró Waldeck en el diario que llevó durante su estancia en Palenque.¹⁶ Unos fueron acontecimientos verosímiles, otros pueden suponerse que imaginarios, en consonancia con sus inclinaciones fabulosas. Dramático fue el caso de una muchacha indígena que, según lo refiere, estuvo a punto de ser violada, nada menos que por un hermano, al que Waldeck con su fusil se vio forzado a herir. La muchacha, de nombre Nicté (Flor), permaneció al lado del sexagenario caballero, quien hizo de ella su amante mientras permaneció en Palenque.

Los dibujos y acuarelas que muchos años después reprodujo Waldeck en *Monuments anciens du Mexique. Palenqué, Ocosingo et autres ruines de l'ancienne civilisation du Mexique* con texto de Brasseur de Bourbourg (París, 1866) dan testimonio de sus afanes.¹⁷ Y asimismo lo ofrecen los que se conservan, unos publicados acompañando varios artículos, y otros inéditos, en particular los que se encuentran en la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry, en Chicago. De su obra acerca de Palenque incluyó sólo dos dibujos en el libro que aquí se reproduce, *Voyage pittoresque et archéologique dans la province d'Yucatan pendant les années 1834 et 1836* (París, 1838). Los dibujos son: el relieve de estuco sobre el dintel de la entrada de unos de los subterráneos del Palacio (lámina XXII) y una máscara del Templo del Sol (lámina XVIII, figura 3).

Antes de intentar una valoración de la obra pictórica y a línea que dejó Waldeck sobre Palenque y Uxmal, y de emitir una apreciación sobre lo que escribió en relación con ese lugar y otros de Yucatán y, en general, de México, interesa recordar lo más sobresaliente de su estancia en la península del Mayab.

Waldeck en Yucatán

Waldeck no pudo trasladarse a Yucatán con la presteza que hubiera querido. Tras salir para siempre de Palenque el 28 de mayo de 1833,

¹⁶ Véase la nota 14. Ese diario fue aprovechado ampliamente por Baudez en *op. cit.*

¹⁷ El título completo de este libro es: *Monuments anciens du Mexique. Palenqué, Ocosingo et autres ruines de l'ancienne civilisation du Mexique. Collection du vues, bas-reliefs, morceaux d'architecture, coupes, vases, terres cuites, cartes et plans dessinés d'après nature et relevés par M. de Waldeck. Text rédigé par m. Brasseur de Bourbourg, Paris, 1866.*

después de poco más de un año de estar allí, se dirigió al pueblo del mismo nombre, con tan mala suerte que en el camino cayó su caballo en una hondonada. Recuperado de los golpes que le ocasionó ese accidente, salió del pueblo en dirección a San Juan Bautista (Villahermosa). Al llegar, se enteró de que había estallado una epidemia de cólera. Decidió entonces marchar al puerto de Frontera para embarcarse hacia Campeche y continuar luego hasta Sisal. Su meta era Mérida y las ruinas mayas, en primer lugar, Uxmal.

Un cordón sanitario, que se había establecido para detener la propagación del cólera, le impidió realizar su propósito. Transcurriría más de un año, desde su salida de Palenque, sin que pudiera pisar Yucatán. Su obligada permanencia en Tabasco le permitió por lo menos reflexionar sobre sus trabajos en Palenque. Revisó sus dibujos y se planteó numerosas interrogantes. Se mostró más y más persuadido de que Palenque era el resultado de influencias provenientes no sólo de Egipto y la India, sino también de lugares como Cartago, Nínive y otros del ámbito griego, romano y ¡hasta de China!

La situación económica de Waldeck empeoraba por momentos. En medio de la peste y del desaliento casi nadie le encargaba un retrato o algún otro trabajo. Tan sólo, hallándose ya en Campeche, tuvo el consuelo de recibir algún dinero de su amigo y protector, Lord Kingsborough. Éste, con gran generosidad, le hizo llegar también varios libros sobre cultura e historia de los mayas, además del tomo IV de sus *Mexican antiquities*, recién publicado, y que incluía precisamente los dibujos de Dupaix. Conviene reiterar aquí que el Lord había solicitado, como única compensación por sus ayudas, que Waldeck le entregara todas las medallas y monedas que pudiera encontrar entre los monumentos que exploraba. Kingsborough suponía que podían hallarse allí piezas hebreas, fenicias, griegas y de otros orígenes. Como se ve, las fantasías de uno y otro parecían convergir en algunos temas.

Al fin, la segunda mitad de diciembre de 1834 pudo viajar al puerto de Sisal y pasar de allí a Mérida. Waldeck describe lo que más atrajo su atención en la ciudad. Vuelve sobre temas que parecen obsesionarle: los operarios son torpes y perezosos, abunda el libertinaje; la cobardía “es un rasgo característico” entre los yucatecos. Después de afirmaciones como éstas salta a hacer consideraciones sobre la lengua maya y dice que creyó reconocer en el nombre de Yucatán el de Yectán, el padre de Ofir ¹⁸

¹⁸ En *Voyage pittoresque et archéologique dans...*, p. 25, expresa Waldeck esta hipótesis, así como otra según la cual Yucatán es una corrupción de *ouyouckutan*, “escuchad lo que dicen”

Finalmente, a principios de mayo de 1835 Waldeck llegó a Uxmal. Su impresión fue que esta ciudad era más tardía que Palenque. Recorre el sitio y dibuja varios de sus monumentos. Hace un plano de ella. A la pirámide conocida como del Adivino, le da, en agradecimiento a su benefactor, el nombre de Kingsborough. Su fantasía le hace ver más cabezas de elefante que no son sino máscaras de Chac, el dios de la lluvia. Su estancia en Uxmal fue bastante breve.

De regreso a Mérida, pasó allí algunos meses hasta que, en enero de 1836, en forma súbita se vio privado de buena parte de sus papeles, dibujos y escritos. El alcalde de Mérida, acompañado de una escolta, le había hecho la notificación correspondiente. Atenuante en su desgracia fue que antes había remitido no pocos de sus dibujos a Inglaterra por intermedio de un funcionario británico de Jamaica. Al recordar el despojo de que fue víctima, escribió:

Los que saben qué valor se adjudica a los trabajos, fruto de largas investigaciones y de prolongadas reflexiones, cuán preciosos son para un artista las obras salidas de su lápiz o pincel, podrán hacerse una idea de mi consternación al leer la orden fatal que me despojaba del rico botín logrado por mi perseverancia a través de mil obstáculos y mil peligros. La resistencia era inútil, todos los pasos de la casa que yo ocupaba estaban custodiados por soldados. Tuve que obedecer¹⁹

En materia de “antigüedades”, objetos procedentes de zonas arqueológicas, escribe que “sólo poseía un pequeño ídolo de jaspe, toscamente esculpido, que escapó a las búsquedas del alcalde y sus acólitos”²⁰

Profundamente herido, Waldeck decide no prolongar más su estancia en México que, por cierto, se había alargado cerca de doce años. Durante todo ese tiempo tenía casi abandonada a su familia, ya que sólo en algunas ocasiones hizo que se entregara a su mujer algún dinero. No sería, por tanto, una sorpresa que, al regresar a Londres, se enterara de que ella vivía ya con otro caballero.

El retorno a Inglaterra vía Veracruz y La Habana se efectuó en marzo del mismo 1836. De Londres se trasladó luego a París. Allí, poniéndose en contacto con la Société de Géographie, y gracias a la publicación de algunas de sus cartas con noticias sobre Palenque y sus asevera-

¹⁹ *Ibid.*, p. 75

²⁰ *Loc. cit.*

ciones en el sentido de que publicaría muy pronto una obra acerca de los monumentos conservados en ese lugar, obtiene se le conceda una medalla. Esta ostentó la inscripción: “A Fc. Waldeck por sus viajes e investigaciones en Palenque y en Yucatán, América Central, 1836”

La publicación, en 1838, del libro Voyage Pittoresque et Archéologique dans la Province d'Yucatan

Trabajando con rapidez, aprovechando en gran medida sus apuntes y diarios de viaje, Waldeck logró entregar a la imprenta una obra que, además de su texto, incluyó 22 láminas y, en la portada, la reproducción de la medalla otorgada por la Société de Géographie.

A no dudar, la obtención de esa medalla había coadyuvado a su vez a la pronta publicación del libro. En su prólogo hace saber Waldeck que:

La publicación de mis trabajos constará de tres tomos. El primero consistirá en la historia antigua de México escrita con apoyo en los documentos originales recogidos en los mismos lugares durante una estancia de doce años en ese país.²¹

Asombroso resulta lo que luego añade, al afirmar que se basará principalmente en el *Teamoxtli*, “libro precioso que poseo” Recuérdese a este respecto lo que afirmó Fernando de Alva Ixtlilxóchitl sobre dicho libro, que daba él ya por desaparecido.

El segundo tomo —continúa Waldeck— tratará de las célebres ruinas de Palenque, que he explorado y, por así decir, exhumado durante una estancia de dos años en medio de esos palacios en ruinas.

Falsa afirmación fue también la de haber permanecido dos años en Palenque. En realidad sólo había estado allí poco más de uno. Respecto del otro libro que debía formar parte de esa trilogía, escribió:

El tercer tomo es el que aquí va a leerse. Aunque sea el último en el orden de mis investigaciones, por una singular fatalidad es el primero en entregarse al público. La razón es simple: en el momento en que iba a emprender una segunda excursión a mis queridas ruinas, una orden del

²¹ *Ibid.*, p. vi.

mismo gobierno, que al principio me había concedido su apoyo, me despojó del fruto de mis trabajos [...]. Sin embargo, mis perseguidores fallaron en su objetivo porque me había quedado con copias de mis láminas y, con esos bosquejos, me fue fácil hacer una segunda edición de mi primer trabajo. Por tanto, me apresuré a sacar a luz la parte de mis obras que, al igual que yo, los bárbaros de México poseen. Temí que, si aplazaba la publicación de mi viaje a Uxmal, algún especulador, bastante hábil para aprovecharse de la corrupción de los jefes de la república, se me adelantara e hiciera aparecer mi obra con otro nombre.²²

Dada esta explicación, añade Waldeck que reconoce que este volumen es el menos interesante. No obstante, él piensa que tendrá el valor de introducir a los interesados en lo que son la naturaleza, las costumbres y todo género de cosas del país visitado por él, tan rico en vestigios arqueológicos. A tres personas expresa en el mismo prólogo su gratitud. En primer lugar, a Lord Kingsborough, entonces ya fallecido, al que dedica su libro. También al señor Frédéric Lacroix por su ayuda en coordinar y pulir literariamente sus notas y observaciones. El bien conocido americanista Henri Ternaux Compans es mencionado por haber puesto a la disposición del autor “las inestimables obras que componen su biblioteca”

El propio Waldeck ha descrito así en su prólogo cuál es el contenido de este libro. Además, a lo largo de lo aquí referido hemos evocado no pocos comentarios, descripciones y juicios expresados por Waldeck. En vez de intentar ahora otra apreciación de conjunto, que desgraciadamente habría de tener señalamientos negativos, opto por citar el juicio severo pero acertado del más reciente y concienzudo de sus biógrafos, el arqueólogo francés Claude-François Baudez:

El mérito del libro reside esencialmente en las litografías, sacadas en blanco y negro y a veces coloreadas a mano. Además de las escenas pintorescas que dan vida a la obra, los dibujos que muestran la magnificencia del decorado de los edificios de Uxmal, sitio inédito hasta entonces, han provocado la admiración de numerosos lectores, en primer lugar la de Stephens y Cartherwood.

El texto, por el contrario, es descorazonante y no se distingue casi de las notas y diarios que Waldeck no destinaba a ser publicados. La organización de la obra, vagamente cronológica, sigue las aventuras del héroe; cuando éste reside en Tabasco, Campeche o Mérida las anécdotas ocu-

²² *Ibid.*



pan el lugar de las descripciones de esas ciudades, de las costumbres y usos de sus habitantes, las observaciones se suceden sin orden lógico como pasan por la cabeza del autor. Así se leerá, a continuación de la vestimenta, sobre la carestía de la vida, la moneda, la cocina, el comercio, las costumbres relajadas, siempre por culpa de los frailes [...]. Las reflexiones subjetivas, las alteraciones de humor, bien sea que se dirijan contra el estrépito de las fiestas mexicanas, la pereza de los trabajadores o el libertinaje de las mujeres, aparecen con frecuencia incongruentes en este cuadro. Es evidente que Waldeck ha recopiado sin cambiar gran cosa su diario de Yucatán. No existe esfuerzo de una nueva presentación, de plan coherente, ni de demostración.²³

Como lo hace ver en seguida Baudez, es en este libro donde por primera vez su autor se presenta a sí mismo como Frédéric de Waldeck, cual si "su propósito fuera forjarse una respetabilidad"²⁴ A partir de entonces en las hojas de su correspondencia incluyó un encabezado con la representación de una corona condal sobrepuesta a las letras M y W entrelazadas.

Treinta y siete años más de mi vida

Al aparecer su libro sobre Uxmal, Waldeck tenía más de setenta años de edad. Los que aún le quedaban, si bien menos agitados, no carecen de cierto interés. Noticia que a algunos debió sorprender, una década más tarde, fue la de su nuevo matrimonio, a los 83 años, con la nieta de su asistente, cuya edad era sólo de 17. A su tiempo, ella le dio un hijo.

Nuestro personaje, que se consideraba "decano de los americanistas" en Francia si no es que en toda Europa, continuó dibujando y pintando, bien sea cuadros de tema costumbrista o históricos, así como retratos, con lo que se ganaba la vida. Digna de mención es la pintura que intituló "Segundo día de María Antonieta en la Conciergerie", firmada por él como "Conde de Waldeck". A este propósito cabe recordar la historia que refirió de su visita a dicha reina en tan lamentable situación.

Molesta fue para Waldeck la aparición en 1841 de *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan* con texto de John Lloyd Stephens

²³ Baudez, *op. cit.*, p. 158-159.

²⁴ *Ibid.*, p. 159.

e ilustraciones de Frédéric Cartherwood. Como lo había hecho acerca de los trabajos de Del Río y Dupaix, al igual que con los de los dibujantes Almendáriz y Castañeda, Waldeck los critica, reprochándoles falta de fidelidad e informaciones equivocadas y aun tendenciosas. Otro tanto hizo refiriéndose al libro *Rambles in Yucatan* de B. M. Norman, publicado en Nueva York en 1843, en el que describe Chichén Itzá, Kabah, Zayil, Uxmal y otros sitios arqueológicos.

De considerable interés es un hecho no tomado en cuenta por quienes se han ocupado de la persona y obra de Waldeck. Me refiero a la inclusión de varios de sus dibujos relativos a Palenque y Uxmal en el libro que M. de Larenaudiére se apresuró a publicar en París, en 1843, con el título de *Mexique et Guatemala*. Entre los dibujos, que un litógrafo apellidado Lemaitre copió de los de Waldeck para el libro, están los que representan el Palacio de Palenque, acompañado del plano del mismo, su galería exterior, el pilar del rey en la Casa A del Palacio, la perspectiva de la primera galería con la figura de un hombre sentado, "probablemente el mismo Waldeck", en actitud pensativa, la fachada oeste de la misma escalinata y los colosos de la fachada del Templo del Sol, la del Templo de la Cruz; la pirámide de Kingsborough (del Adivino en Uxmal), así como cuatro vistas del Templo del Sol en la misma zona arqueológica y dos del llamado Templo de los Asterismos, también en Uxmal.

Como puede verse, fueron 15 los dibujos de Waldeck que Larenaudiére dio a conocer en su libro. Él mismo hizo referencia expresa, tanto a los trabajos de Stephens y Cartherwood como a los de Waldeck, declarando haberlos visto:

Las planchas de la obra de Stephens presentan la más extraordinaria conformidad con los dibujos de Waldeck; esta coincidencia de lo realizado por los dos artistas nos da la certeza de que los grabados y la descripción que nos han servido de guía son exactas, hasta donde ello es posible.²⁵

Cabría preguntarse en este punto, ¿cómo fue que Larenaudiére tuvo acceso a los dibujos de Waldeck, no ya sólo a los incluidos por éste en su libro publicado en 1838, sino también a los que permanecieron inéditos hasta la aparición en 1866 de *Monuments anciens du Mexique, Palenqué, Ocosingo*. ? El hecho es que, a través de la obra de Lare-

²⁵ M. de Larenaudiére, *Mexique et Guatemala*, Paris, Firmin Didot Frères editores, 1843, p. 313.

naudiére, pudieron conocerse desde 1843 varios de los dibujos de Waldeck de monumentos palencanos y de Uxmal.

Veinte años después, en 1863, al ver la luz el libro de Désiré Charnay, *Cités et ruines américaines, Mitla, Palenqué, Izamal, Chichen Itza, Uxmal*, con fotografías de sus monumentos, se puso a prueba la exagerada pretensión de Waldeck de fidelidad en sus dibujos. A éste, como le había ocurrido con la obra de Stephens y Cartherwood, tal publicación no pudo agradarle. Una vez más reiteró entonces que a él se debía el más temprano e irrefutable conocimiento de Palenque, Ocosingo, Uxmal y Otros lugares.

Durante estos años Waldeck procuró mantenerse en contacto con instituciones como la Société Américaine de France y la que luego le sucedió, el Comité d'Archéologie Américaine. Pudo tratar en ellas, entre otros, a Aubin, Ternaux, Rosny y Brasseur de Bourbourg.

La intervención francesa en México despertó en Napoleón III el deseo de realizar investigaciones arqueológicas e históricas en este país. Además de crear para ello una Comisión Científica, quiso patrocinar la edición de una obra acerca de Palenque. La fama de que gozaba Brasseur hizo que recayera en él dicho encargo. Éste, que nunca había estado en Palenque, solicitó la colaboración de Waldeck en lo tocante a ilustraciones.

La nueva obra apareció en 1866, año en que Waldeck celebró el centenario de su venida al mundo. En tanto que Brasseur incluyó allí numerosos textos de otros autores relativos a Palenque, Waldeck hizo entrega de 56 planchas. De diez de ellas, él mismo dispuso las litografías, en tanto que otros lo hicieron respecto de las demás. A éstas deben sumarse también las 22 incluidas ya en el *Voyage pittoresque et archéologique dans la province d'Yucatan*. Debemos recordar que el propio Waldeck había preparado, asimismo, las litografías que se imprimieron en 1822 de los dibujos de Almendáriz y también de algunos de Castañeda en el tomo IV de las *Mexican antiquities* de Lord Kingsborough, en 1835. La obra gráfica de Waldeck comprende, además, algunos trabajos conservados en el Cabinet des Estampes, de la Biblioteca Nacional de París y otros, en número mucho más grande, en la Colección Ayer de la Biblioteca Newberry de Chicago.

¿Qué apreciación podemos hacer de toda esta copiosa aportación, acercamientos con el ojo y la mano de este pintoresco artista, de no pequeña autoestimación, tan longevo como fantasioso... (dejo al lector completar la frase)? Innegablemente, lo que a lo largo de muchos años realizó, sobre todo sus actividades en varios lugares de México (Teotihuacán, Xochicalco, Palenque, Toniná, Uxmal y otros), constitu-

yen una suma de contribuciones desde muchos puntos de vista valiosas. Si así no fuera, no tendría sentido publicar el primero de sus libros y anunciar que, si ello es posible, se reproducirá también, en fecha no lejana, el otro libro con sus 56 láminas sobre Palenque y el texto de Brasseur

El trabajo de Waldeck superó de manera indiscutible, en fidelidad y atributos estéticos, a aquéllos que él conocía desde su estancia en Londres: los de Almendáriz y Castañeda. Se ha dicho con razón que lo aportado por Cartherwood supera a su vez en fidelidad a la obra gráfica de Waldeck. Siendo ello verdad, importa poner también de relieve los méritos de este último.

En primer lugar, existe uno cuyo reconocimiento es a todas luces necesario. Gracias a los dibujos, las acuarelas y los óleos de Waldeck podemos hoy enterarnos de como eran no pocos monumentos, bajorrelieves y otras cosas que algún tiempo después se perdieron o dañaron grandemente de un modo o de otro. Un ejemplo de esto es el llamado "Bello relieve" que, ya cuando él estuvo en Palenque, se hallaba bastante destruido. De ese relieve Waldeck realizó un boceto que más tarde le permitió hacer trabajo de "restaurador" Pintó así al óleo un cuadro en el que luce todo "el Bello relieve", con la peculiaridad de que coloreó de verde las partes reconstruidas por él, obrando así como si fuera un arqueólogo.

Al contemplar la mayoría de sus trabajos, se tiene la impresión de que Waldeck, hombre de la Ilustración, quiso presentar las ruinas mayas con un estilo característico del academicismo neoclásico. Quizás él pensó que, dando al arte maya un cierto aire griego, dignificaba y volvía más atrayentes las creaciones de ese antiguo pueblo del Nuevo Mundo, del que llegó a decir que tenía sus orígenes últimos en lugares como Egipto, la India, Grecia, Cartago y aun la península itálica.

Su fantasía lo hizo malinterpretar lo expresado en los monumentos palencanos o de Uxmal, como cuando creyó ver cabezas de elefantes o evidencias de representaciones de "hombres blancos" Sin embargo, hay dibujos bastante bien logrados, como aquellos de los personajes de los tableros, derecho e izquierdo, del Templo de la Cruz, aunque su imaginación lo llevó a identificarlos con Brahma y Visnú.

De gran fuerza y belleza, a pesar de todo, son varias "vistas", como la del mencionado Templo de la Cruz con el fondo de la montaña de exuberante vegetación, la escena que muestra la primera galería del Palacio, en la que aparece sentado y pensativo el propio Waldeck, aunque en ella incluyó una palmera, árbol que no hay en Palenque; y, para dar otro ejemplo, "su encuentro" con el indio Pedro López, nada

menos que en el subterráneo del Palacio. Es también digno de mención que fue Waldeck el primero en copiar conjuntos glíficos, como los del tablero central del Templo de las Inscripciones.

Respecto a las 22 láminas que incluyó en el libro que aquí se reproduce, conviene hacer algunos distingos. Aparte de la primera, que es un mapa de Yucatán, las seis siguientes constituyen bien logradas imágenes que podrían calificarse de artístico-etnográficas. En ellas Waldeck quiso dar a conocer tipos representativos: una joven de Campeche y otra mestiza de Mérida, un soldado indio de la milicia yucateca, otro al que describe como “contrabandista del interior” y un mayordomo criollo de una hacienda. Además, dedicó otra lámina para mostrar la manera de viajar en Yucatán, en una litera transportada en hombros por cuatro indios y con la escolta de un dragón, soldado a caballo. Con ojos y mano de buen artista nos dejó Waldeck estas hermosas y bien ambientadas imágenes. Lástima que en los textos en que describe estas láminas incurra en las consabidas condenaciones del libertinaje de las mujeres, la corrupción del clero y otras lindezas más.

Como primeras representaciones de monumentos de Uxmal pueden calificarse las diez láminas siguientes. La serie se inicia con un plano de Uxmal, por cierto falto de exactitud. A la que él llamó “pirámide de Kingsborough” (es decir, la del Adivino) dedicó tres láminas. La primera es una especie de plano o representación estilizada de la misma, cual si fuera una pirámide egipcia. Otro tanto cabe decir de la lámina en que presenta un “corte vertical de la pirámide de Kingsborough”. El “estudio de una parte de [dicha] pirámide” representa a un personaje de gran tamaño, semidesnudo, con aspecto de egipcio. Como no se ha encontrado rastro de esta figura ni de las otras tres que, según Waldeck, se hallaban ya en el suelo, los arqueólogos mayistas atribuyen este dibujo a la fantasía de su autor.

Otro plano representa al que llama “gran cuadro de los cuatro templos” (el Cuadrángulo de las monjas). En el texto en que lo describe, Waldeck sostiene haber identificado en uno de ellos, al que llama de “los Asterismos”, nada menos que el glifo de *calli*. Es obvio que huelgan los comentarios.

A los que bautizó como “Templo de las Dos Serpientes” (edificio norte), “Templo del Sol” (edificio oriente), y “de los Asterismos” (edificio poniente) destina las cinco láminas siguientes, entre ellas un alzado de este último, todas acompañadas de comentarios que rivalizan por lo imaginativo con lo representado en los dibujos. Éstos, como los de Palenque, mantienen el característico estilo de academicismo neoclásico tan del gusto de Waldeck.

Las cuatro láminas que aparecen a continuación incluyen imágenes de mascarones e “ídolos y vasijas de barro”, casi todas influidas por las inclinaciones fantasiosas de Waldeck. Una “mascarita de estuco”, proveniente de Palenque, aparece en la lámina 18, supuestamente expresión de “la más franca alegría” Deseoso de dar por lo menos una muestra de su trabajo en Palenque, Waldeck incluyó, según ya vimos, como última lámina un boceto del bajorrelieve que encontró encima de la entrada al subterráneo al sur del Palacio. Una vez más, su fantasía lo condujo a identificar allí imágenes de carácter astronómico. De ello trata en el texto correspondiente donde critica, además, duramente la obra de Dupaix.

A pesar de todo, y abarcada en su conjunto, la aportación plástica de Waldeck, “sus cuadros costumbristas, sus dibujos y acuarelas de Uxmal, Palenque, Toniná y otros lugares, como Xochicalco” es muy digna de aprecio. Citando a Beatriz de la Fuente, que ha dedicado amplio estudio al arte escultórico de Palenque, cabe señalar además que:

Las litografías de Waldeck son documentos importantes que permiten el estudio de obras perdidas; son también obras de arte en sí mismas, de un arte que expresa la visión de una época determinada y, desde su aparición, han contribuido al conocimiento de nuestras artes indígenas.²⁶

Efectivamente, su maestría en varios de sus trabajos, su academicismo neoclásico, el énfasis en la importancia de lo que consideraba sus hallazgos arqueológicos despertaron nuevas formas de interés en Europa y Estados Unidos por conocer más de cerca las culturas prehispánicas de México. Es cierto que Stephens y Cartherwood conocieron el primero de sus libros, pues allí mencionan a Waldeck. Y puede también pensarse que sus aportaciones motivaron a otros, como al bien conocido Désiré Charnay

Todo esto, sin disminuir el valor estético y “etnográfico” de sus representaciones de tipos de indígenas y escenas de la vida cotidiana de diversos lugares del país, hace que Waldeck y su obra deban tenerse como un importante capítulo en la serie de acercamientos de europeos durante el siglo XIX a la naturaleza y cultura, antigua y contemporánea, de México.

²⁶ Beatriz de la Fuente, *La escultura de Palenque*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1965, p. 55.



Quehaceres y fantasías a las que sólo la muerte puso fin

No quedó satisfecho Waldeck con la publicación, en 1866, del libro en el que aparecieron sus ilustraciones sobre Palenque, pero en el que sólo pudo escribir los pies de las mismas, ya que todo el texto estuvo a cargo de Brasseur de Bourbourg. Concibió entonces y dio a conocer su proyecto de ofrecer una obra magna, tenida por él como indispensable, una *Encyclopédie d'archéologie américaine. Iconographie des ruines éparses du Mexique au Pérou*.²⁷ Su propósito era dar entrada en ella a comparaciones con monumentos del Viejo Mundo. Como lo había hecho en México cuando anunció la preparación de una obra con 200 láminas, también en esta ocasión buscó apoyo financiero publicando un boletín de suscripción. Aquéllos que aceptaron la invitación y aportaron su dinero, una vez más quedaron defraudados, pues la *Encyclopédie* jamás se publicó. Su ya mencionada amiga estadounidense, Mary Smith, se había ofrecido a apoyarlo buscando suscripciones en los Estados Unidos, no sospechando lo que al fin ocurrió

Todavía tuvo tiempo Waldeck de idear más proyectos. En uno, espectacular, solicitó también el auxilio de su amiga Smith. Consistía en exhibir en Nueva York un magno diorama que mostrara, pintada en vidrio, “la historia de todos los países y la ciencias de todos los pueblos, desde los tiempos heroicos hasta nuestros días”²⁸ El proyecto, como era de esperarse, no prosperó.

Alguna satisfacción debió experimentar Waldeck cuando en 1874 un periodista de *L'Illustration* de París fue a entrevistarlo en su pequeño departamento interior situado en el quinto piso de Rue des Martyres. De lo que fue la conversación con él dio cuenta en el artículo que publicó luego y que apareció, asimismo, traducido al castellano, en *La Ilustración española y americana* el 8 de marzo de 1874. Lo que escribió el periodista pinta de cuerpo entero a quien con razón calificó allí de personaje:

París ha menester varios objetos para su insaciable afán de novedades [...] y ha ido a desenterrar otro [...]. Este personaje es un pintor, el Conde de Waldeck, el hombre más viejo de Francia, supuesto que el 16 del presente cumplirá 108 años [...].

²⁷ De esto habla Baudez, *op. cit.* p. 172-173.

²⁸ *Ibid.*, p. 180.

El centenario, a quien hasta hora sólo conocían un corto número de ancianos y artistas, no es únicamente un pintor distinguido sino también un verdadero sabio. Aquel hombre, que ha visto renovarse dos veces la población entera de Francia, habita un cuartito modesto, donde vive de la manera más sencilla y primitiva. Como no tiene criados, él mismo abre la puerta a los curiosos, mientras la Condesa de Waldeck hace la comida en la cocina.

“¿No es cierto —dice a los que lo visitan— que soy una curiosidad biológica?” El Conde de Waldeck trabaja más que nunca ahora [...]. Ha viajado mucho; en efecto, ha invertido veinte años en recorrer la América. Así sostiene que el Nuevo Mundo es el Antiguo; que el que llamamos Antiguo es el Nuevo; en fin, que la civilización egipcia descien- de de la americana. El centenario [...] conoció íntimamente a Robespierre, sirvió a las órdenes de Kléber en Egipto y de Bonaparte después.

Cuando habla de su muerte, manifiesta la mayor confianza en vivir todavía muchos años. “He pasado —dice— de la edad en que el hombre muere. Ahora ya no hay razón para que mi vida se extinga. Mis estudios arqueológicos me hacen creer que he llegado a un estado de petrificación que puede durar siglos y siglos”²⁹

En medio de ensueños como estos, el “Conde de Waldeck”, que subsistía con escasos recursos, acompañado por su joven esposa, todavía alcanzó a recibir en 1875, el último año de su vida, una nueva visita de Mary Smith. Lo encontró postrado en su lecho tras haber caído de una escalera. Aun en tal situación, según lo consignó Mary en el libro que escribió, Waldeck se mostró caballeroso y aun galante.

Tal vez en el fondo de sí mismo reconocía él en ese momento que, a pesar de todo, si en su vida habían abundado las fantasías y los fracasos, algo por lo menos, por cierto muy importante, había alcanzado. Su larga vida había sido la de un artista y también la de un aventurero, pero en ella le fue dado mostrar al mundo la maravilla de las creaciones de un pueblo extraordinario, ocultas y semidestruidas en las selvas de Chiapas y Yucatán. Hacer tal revelación, tras explorar él mismo esos grandes sitios arqueológicos, describiéndolos por escrito y con sus dibujos, acuarelas y óleos, había sido privilegio suyo.

²⁹ Transcribió este extracto periodístico Manuel Mestre Ghigliazza al final del prólogo que escribió para la edición en castellano del *Viaje pintoresco y arqueológico a...*, publicada en Mérida, Yucatán, en 1930, y cuya referencia bibliográfica se ofrece en la nota 30.



Por ello muchos habrían de recordarlo. Tal vez algunos lo criticarían pero, debió de tener confianza, la mayoría le guardaría reconocimiento. Su nombre y su obra no quedarían a la postre en el olvido. Si esto o algo parecido pensó Waldeck en vísperas de su muerte, acaecida en París el 29 de abril de 1875, no se equivocó. Su recuerdo hasta hoy perdura. Tan así es que, una vez más, se reedita aquí en castellano su *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán*.³⁰

Dar razón de cuanto se ha dicho sobre este libro sería largo y tedioso. Acerca de su texto he citado ya por lo menos el equilibrado juicio de Claude-François Baudez. Mejor será poner en las manos y ante los ojos de quienes admiran y aman el arte maya, las recreaciones gráficas que él hizo. Haciendo a un lado ya las críticas, concluiré expresando acerca del fantasioso, longevo e infatigable artista “Conde de Waldeck” que por sus trabajos ocupa un lugar distinguido en la galería, no desdeñable, de los mayistas “precientíficos”. A él y a ellos se debe haber descubierto, desde hace más de siglo y medio, la grandeza de un arte que floreció en el Nuevo Mundo y que es hoy reconocido universalmente como patrimonio cultural de la humanidad.

³⁰ La primera edición, con el texto traducido al castellano y con un tiraje de 100 ejemplares, apareció con el siguiente título: *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán, 1834 y 1836*, versión y prólogo del doctor Manuel Mestre Ghigliazza, al cuidado de Carlos R. Menéndez, Mérida, Yucatán, 1930. Otra edición, basada en la traducción bastante deficiente de la aparecida en 1930, ha sido publicada con una presentación de Hernán Menéndez Rodríguez y en formato pequeño, que no permite una adecuada reproducción de las láminas. Véase: *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán, 1834 y 1836*, Colección “Mirada Viajera”, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.